

# UNA FILOSOFÍA RESIDUAL DE LA HISTORIA

SOBRE REFLEXIONES AMERICANAS,  
DE MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA<sup>1</sup>

Pablo Oyarzún R.<sup>2</sup>



Como quiere dejarlo en claro el epígrafe tomado de Foucault, *Reflexiones Americanas* es un libro abierto. En diecinueve piezas organizadas en cuatro partes (“Postdata a los 500 años”, “El reto cultural de la modernidad”, “América en la filosofía de la historia” y “Cierre y salida”), el autor despliega un conjunto diverso y no siempre continuo de incursiones en la historia bélica, política y cultural de América Latina, que tiene por horizonte un cuestionamiento de los modos en que regularmente se plantea el problema de nuestra “identidad” y de su relación siempre tensa con la idea de una modernidad eurocéntrica que informa a toda la tradición historiográfica latinoamericana.

Como bien sabemos, la cuestión de la identidad latinoamericana conduce invariablemente a situaciones aporéticas, tanto en la teoría como en la práctica, sin importar cuál sea el tinte político que ostente. No poco de esa fatalidad se debe a la naturaleza reactiva de su postulación frente a lo que, desde una perspectiva crítica –justificada, a veces, desatentada en otras ocasiones– se acusa como la compulsión imitativa de las elites sociales e intelectuales de la región, prendadas siempre de los lujos y modelos de las metrópolis. García de la Huerta expresa su desconfianza respecto de un concepto ontológico de identidad –que pretendiese apresar el “ser” de “lo” latinoamericano–, pero también mira con recelo su sustitución por el paradigma del mestizaje y, en general, por toda hipótesis que tienda a reducir la diversidad y pluralidad de los agentes y los pacientes históricos o que privilegie una de sus dimensiones en desmedro de las demás.

Foucault no sólo suministra una conveniente indicación para orientar al lector sobre el carácter y la intención de la obra que tiene entre sus manos. También inspira –y a través suyo, sobre todo, Nietzsche– el tipo de aproximación histórica que preside de estos intentos.

Descontadas las premisas que guían los penetrantes análisis sobre ciertos segmentos fundamentales de la filosofía política y de la filosofía de la historia en la

<sup>1</sup> Marcos García de la Huerta, *Reflexiones Americanas. Ensayos de Intra-Historia*. Santiago: LOM Ediciones, 251 pp.

<sup>2</sup> Profesor de Filosofía y Estética, Universidad de Chile. Profesor de Filosofía, Pontificia Universidad Católica de Chile.

época moderna, la opción teórica de García de la Huerta se cifra en un concepto que anuncia su gravitación desde el subtítulo de la obra: la “*intra-historia*”. El término fue acuñado por Unamuno, para aludir al sustrato vital y cotidiano que la historiografía acostumbraba a escamotear bajo la masa imponente de los grandes sucesos. Tal como el mismo autor advierte, aquí se le inflige una torsión sensible. García de la Huerta busca exhumar la “historia invisible” y marginal, la dimensión de “una formación secreta y poderosa de la realidad”, y constituir la en objeto de conocimiento y de reflexión. Más acusadamente, asocia el proceder de la *intra-historia* con ciertas estrategias críticas, genealógicas, destructivas y deconstructivas que se orientan a develar, en los discursos transmitidos, lo no dicho de lo dicho, lo impensado en lo pensado: se trataría, en aquella, de discernir lo omitido en lo realizado, lo no sucedido en lo acontecido. La notoria figura de la represión que de esta manera queda insinuada, lleva a que su asunto principal se concentre en los complejos de poder y violencia que impregnan —muchas veces de manera insidiosa y soterrada— los cuerpos y las prácticas, los usos sociales y las instituciones, pringándolos con esa oscura densidad que tan bien conocemos, dado que es la materia de la que estamos hechos. De esta suerte, García de la Huerta se propone pesquisar las constantes de poder —equivocas en sí mismas— que articulan las escenas de la Conquista y la Colonia con las republicanas y postcoloniales, como manera de habérselas con un pasado que pesa y no acaba, y sigue gravando el presente: de habérselas con él en un gesto de exorcismo que equivale a la ascensión.

¿Puede escribirse una historia que no lo sea del poder? Si la historia, en un concepto primario de su ejercicio, es descriptible como investigación de lo acontecido en sus huellas, ¿no presupone acaso necesariamente, casi como el *a priori* epistemológico de su empresa, la eficacia de un poder y de una fuerza, en virtud de la cual las improntas son posibles? Toda historia asumiría, así, el carácter de una *historia del poder*, y ésta, en última instancia, quiéraselo o no, parece destinada a culminar en lo que el autor bien llama el *poder de la historia*, es decir, en una ciencia de los hechos consumados. La *intra-historia* que bosqueja García de la Huerta, ocupada con los avatares del poder en el Nuevo Mundo, en cierto sentido no modifica este esquema y, sin embargo, parece insinuar la necesidad de ampliar el arco reflexivo hacia una pregunta radical, la pregunta que encaminaría lo que él mismo llama “una filosofía de la historia residual para los márgenes”.

¿Es posible una historia de la impotencia? ¿Una historia que no permaneciera cautiva de la fascinación de la fuerza, que prestara oídos a la sordina de la debilidad? Precisamente en este sentido, y en vista de esa “filosofía de la historia residual”, que también habría de ser una “filosofía residual de la historia”, se echa de menos, en esta obra, una consideración del concepto de historia que formuló Walter Benjamin y que vinculaba en una misma matriz la derrota, el duelo, la insistencia del pasado trunco y la apertura mesiánica del acontecer.

En todo caso, una perspectiva de esta índole —de la índole que asoma en el trabajo de nuestro autor— tendría que ejercitarse en la práctica de una lectura de las huellas que sepa prestar ojos a los borrones y las lagunas, más que a la fisonomía de los caracteres nítidos.

Y algo de esto ocurre en las presentes *Reflexiones*, justamente allí donde se trata de recorrer, intra-históricamente, el proceso de las transformaciones del poder en el devenir americano, sin apelaciones a un sujeto privilegiado de base, ni a una naturaleza o una condición medular, sino atendiendo a los desplazamientos y los tránsitos menores, a los haceres y decires de emergencia, inaparentes o nimios. La intra-historia es también, en este sentido, una micro-historia, y el efecto revelador que puede aportar no es insignificante.

En la “Reflexión Novena”, al hilo de lo que debe ser, probablemente, una de las contribuciones principales de los análisis de García de la Huerta, encontramos una consideración ejemplar en torno al tópico colonial del “se acata pero no se cumple”, como táctica de la desobediencia que, al abrirle márgenes a la ley, desnuda el poder en la facticidad de su arbitrio y su violencia, en el azar de su astucia y su torpeza, erosionando la autoridad en su principio. ¿Cómo podemos explicar el hecho de que rápidamente nos sintamos reconocidos –como alguien a quien se le hace ver la compulsión de un tic característico– en esta figura? Y parecida cosa habría que decir de las subsecuentes acotaciones sobre el tema aparejado del cuerpo invisible del soberano, que, en reciprocidad con aquel tópico, resuelve el poder en el “juego de las apariencias” y nos preparan para la revelación de que el poder radica su eficacia en su secreta nulidad, en su vacuidad de esencia.

Cuestión eminente del libro es, pues, el transformismo y el travestismo del poder, lo que literalmente cabría denominar la incorporación de la violencia entendida como régimen histórico del margen. Pero, ¿cómo se transforma el poder? Todavía, que yo sepa, no se han enunciado las leyes que gobiernan esta mudanza, su lógica o su para-lógica. Precisamente a propósito de esto es que se muestran inconducentes los postulados identitarios y las nociones simples de imitación, las atribuciones, en fin, de sustratos y sujetos permanentes, sólidos o parasitarios, manifiestos o recónditos. Es, más bien, a las *operaciones* a las que hay que prestarles atención, a las operaciones y a los *estilos*, para emplear un término de Nietzsche, que, como ya dije, es un nombre que prevalece en estas páginas. En vista de tales operaciones y tales estilos, una hipótesis posible para esa para-lógica sería ésta: transformación serial y con desplazamiento de registro. A objeto de dar una idea de lo que estoy pensando, permítanme reseñarles una pequeña fábula.

Cuando éramos adolescentes, un amigo y yo pergeñamos, en el curso de una regada fiesta y para divertir a unas rubiecitas que se agostaban de aburrimiento, un juego que consistía en formular las reglas para un juego: un participante dado debía proponer lo suyo y al siguiente le tocaba introducir una modificación en ello. Como este mismo enunciado formaba parte del juego, y uno de nosotros dos lo dijo, al otro le correspondió hacer la primera alteración para dar el ejemplo. Bajo una mezcla de evocaciones, ocurrencias y –por qué no decirlo– de deseos, empezaron a desfilar formas lúdicas familiares, formas distorsionadas y otras francamente inverosímiles. Después de un rato, habíamos devuelto la sonrisa a nuestras rubiecitas, pero al cabo de un cierto abuso de inventiva descubrimos que nos habíamos quedado solos. Al juego lo llamamos Axolotl, en homenaje a cierto exótico pez medusador que nada en

las aguas de un cuento de Cortázar. Incidentalmente, menciono que mi amigo es hoy por hoy gerente de la Mercedes Benz; yo, de alguna manera, sigo jugando Axolotl.

Hacia el final del libro, en la “Reflexión Decimoctava”, buscando dar con una salida a las paradojas y las consecuencias reductoras del prurito de la identidad, que clausura sobre sí mismos los mundos culturales y cancela la posibilidad de relaciones entre ellos, abogando, pues, por una opción pluralista y abierta, García de la Huerta sugiere –bajo inspiración wittgensteiniana– la alternativa de un anclaje lingüístico del conflicto de mundos alternativos y esboza, para su tratamiento, el modelo de la *traducción*. La propuesta, creo, es promisoría. La traducción trabaja el Entre de identidad e imitación, y no remite a la constancia ontológica de un sujeto, sino a las operaciones en que ella misma se resuelve, en el temple de aquello que persuasivamente caracteriza el autor como una “política de «traición» controlada”. ¿La traducción o –como preferiría decir– la traductividad? Sería algo así como el juego de Axolotl.